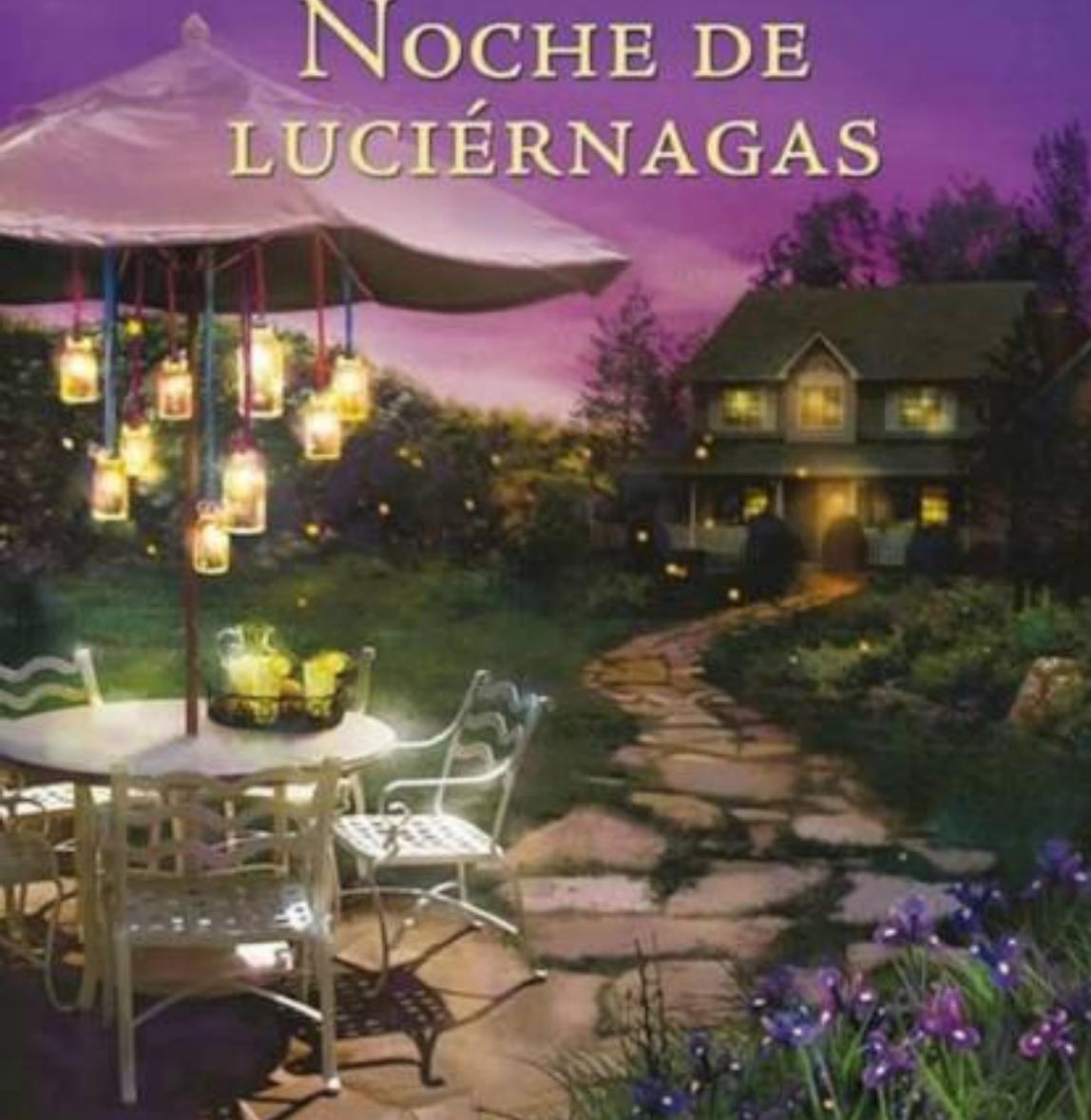


SHERRYL WOODS

NOCHE DE LUCIÉRNAGAS



Cuando el acoso escolar amenazó con destruir la vida de una adolescente, a la entregada profesora de instituto Laura Reed y al pediatra J.C. Fullerton los asaltaron dolorosos recuerdos. Con el apoyo de un grupo de amigas reunieron al pueblo entero para asegurarse de que el prometedor futuro de una alumna no quedara arruinado y para dejar claro de una vez por todas que en Serenity, Carolina del Sur, no había cabida para el acoso escolar. La pasión de J.C. y de Laura por la causa era profundamente personal y los sentimientos que iban creciendo entre ellos igual de fuertes. Pero con tanto dolor oculto por superar, ¿podrían aquellos vulnerables amantes encontrar la fortaleza necesaria para creer en un amor eterno?

Para todos los jóvenes que sienten que nadie les presta atención. Deseo que, al menos, una persona os escuche y haga que vuestra vida sea mejor.

Queridas amigas,

Por desgracia, últimamente apenas pasa un día sin que oigamos alguna noticia sobre algún incidente de acoso escolar. Algunos son tan espantosos o trágicos que desafían al entendimiento. Esos son los que de verdad captan nuestra atención, mientras que otros se ignoran con facilidad al considerarlos una especie de ritual de paso, una parte aceptable del proceso de madurez.

Sin embargo, lo cierto es que el acoso de cualquier tipo tiene el poder de cambiar a un niño, de cambiar la persona en la que se va a convertir al crecer. Cuando se la ignora, la víctima puede quedar marcada de por vida emocionalmente, si no también físicamente. El autor de ese acoso crece con un sistema de valores sesgado que le indica que es perfectamente aceptable destrozar la vida de otra persona y sentirse poderoso, aunque sea por un momento, a expensas de alguien más débil.

Está en manos de los adultos, padres, profesores y comunidades enteras plantarle cara al problema, decir que el acoso está mal ¡siempre y venga de quien venga! Y eso es exactamente lo que sucede en Serenity cuando la profesora Laura Reed y el pediatra J.C. Fullerton se dan cuenta de que una alumna lo está sufriendo. Tanto Laura como J.C. han experimentado los dañinos efectos del acoso y por ello lo que le está pasando a Misty Dawson les resulta inaceptable y los afecta personalmente.

Mientras que en mis novelas suelo incluir sutiles mensajes ocultos, espero que el mensaje de Noche de luciérnagas se oiga alto y claro. No hay nada gracioso, ni normal, ni aceptable en el acoso, ya venga por parte de un niño pe-

queño en un parque de juegos o de un adolescente utilizando Internet para atormentar a un compañero. Prestad atención a lo que pueda estar pasándoles a vuestros hijos, por muy pequeños o mayores que sean. Y prestad más atención aún a cómo tratan a los demás. El acoso está mal. Hay que frenarlo. Y alertar a padres, profesores y a una comunidad unida puede lograrlo.

Espero que disfrutéis una vez más con todas las Dulces Magnolias y que os toméis su mensaje, y el mío, muy en serio.

*Con mis mejores deseos,
Sherryl*

Capítulo 1

Apenas habían pasado seis semanas desde el comienzo del nuevo curso en el Instituto Serenity y la profesora de Lengua y Literatura, Laura Reed, ya estaba viendo señales de un problema potencial con una de sus alumnas de penúltimo curso. Misty Dawson se había saltado clases durante la última semana. Los registros de asistencia mostraban que estaba en el centro, pero cuando llegaba la hora de su clase desaparecía.

—¿Ha estado hoy Misty en tu clase? —le preguntó a Nancy Logan, profesora de Historia.

—En primera fila —le confirmó Nancy—. Ojalá tuviera montones de alumnos como ella. Es inteligente y siempre está lista para trabajar. ¿Por qué? No me digas que ha vuelto a saltarse tu clase.

Laura asintió.

—Eso me temo, y no lo entiendo. Los demás registros de sus clases indican que es una de las alumnas más brillantes del colegio y está en mi grupo de avanzados. Los primeros ejercicios que me entregó fueron excelentes, así que está claro que no tiene problemas con la materia. Por eso esto me resulta tan frustrante. Es como si cada día desapareciera durante la tercera hora.

El profesor de Educación Física y entrenador, Cal Maddox, que había entrado en la sala para sacar una botella de agua de la nevera, se acercó a la mesa de la sala de profesores, donde estaban ellas.

—Perdón por entrometerme, pero ¿le has comentado esto a Betty? —le preguntó refiriéndose a su directora—. Si una chica está faltando a clase, ella tiene que saberlo.

Solo pensar en acudir a Betty Donovan con ese asunto hizo que Laura se estremeciera. Un problema con una solución potencialmente simple podría convertirse en algo desproporcionado y Cal, mejor que nadie, debería saberlo. Betty la había tomado con él por una infracción de la cláusula moral en el contrato de maestro y había armado un auténtico alboroto que había requerido la intervención del consejo escolar y que, finalmente, se había resuelto a favor de Cal.

Lo miró a los ojos y sacudió la cabeza.

—Aún no, lo cual significa que estoy incumpliendo toda clase de normas, pero, sinceramente, me preocupa menos que Misty se salte la clase que el hecho de descubrir el motivo de por qué lo hace y por qué precisamente conmigo.

Cal frunció el ceño.

—¿Estás segura de que solo es en tu clase?

—Ya has oído a Nancy. Misty ha ido a su clase todos los días. Lo he consultado con los demás profesores y la mayoría dicen que lleva todo el curso asistiendo. En mi clase también empezó bien, pero después empezó a faltar algún que otro día y hace una semana directamente dejó de venir. Eso me dice que en mi clase está pasando algo que la inquieta o que, tal vez, está teniendo algún problema con otro alumno. No sé qué será.

—¿Pero no tienen la mayoría de los alumnos de penúltimo curso las mismas clases? —preguntó Nancy—. Si Misty tiene un problema con otro alumno, Lengua y Literatura no sería la única clase en la que coincidirían.

Eso ya no era así. El Instituto Serenity no es que fuera enorme. Es más, hasta los últimos años, cuando el pueblo había ido creciendo por las afueras, el centro apenas había tenido quinientos alumnos desde noveno al duodécimo curso.

No obstante, durante los diez años que Laura llevaba trabajando allí, esa cifra había empezado a aumentar. Ahora las aulas estaban más llenas y había sido necesario ofrecer las mismas clases varias veces al día para atender a todo el alumnado. El año anterior habían tenido que añadir aulas portátiles por primera vez hasta que hubiera dinero suficiente para una nueva edificación. Sin embargo, sí que había pocos alumnos avanzados y coincidían en muchas de las mismas clases.

—Ya sabéis que no me cae muy bien Betty —dijo Cal sacando de nuevo el problema que tenían entre manos.

—Seguro que eso es quedarse corto —respondió Laura sin permitirse ni una mínima sonrisa al recordar el inútil intento de Betty de despedir a Cal unos años atrás por haber salido con la madre divorciada, y mayor que él, de uno de los niños que entrenaba en el equipo de béisbol. La mayor parte de la comunidad y del consejo escolar se había levantado a favor de Cal, y ahora Maddie y él estaban felizmente casados y tenían dos hijos en común. El hijo que los había emparejado era un lanzador estrella que jugaba para Atlanta.

—Sin duda es quedarse corto —concluyó él—. Lo que quiero decir es que tiene que estar al tanto cuando hay un problema como este. Como sé demasiado bien, es una maníaca de las normas, incluyendo algunas que están más en su cabeza que en los libros. Sin embargo, a pesar de los problemas que hemos tenido, sé que le importan los chavales. Si Misty tiene algún problema, ella querrá ayudar, no se lanzará a juzgar sin más.

—Supongo que yo también lo sé —admitió Laura a regañadientes—. Y si no puedo sentarme a hablar con Misty para solucionar esto, acudiré a Betty, aunque preferiría no involucrarla si puedo evitarlo. No quiero que la expulsen para que Betty pretenda mostrarla como ejemplo —miró a Cal—. Sabes que es su estilo. ¿No es eso lo que le hizo a tu hijastra?

Cal esbozó una mueca de disgusto.

—Oh, sí. Le echó una buena bronca a Katie justo después de que empezara el curso. Créeme, cuando Maddie se enteró, las cosas se pusieron un poco tensas en casa y también castigó a Katie. Pasará mucho tiempo hasta que pueda hacer alguna otra.

—Entonces sabes a qué me refiero —dijo Laura suplicando algo de comprensión.

—Pero también sé que Katie se mereció el castigo que le puso.

Laura suspiró.

—En cierto sentido sé que tienes razón, pero me parece que aquí hay algo más y tengo que comprender qué es —sabía de primera mano cuánto daño podían hacerle los juicios precipitados y sin fundamento a una adolescente ya de por sí frágil. Si años atrás, ella no hubiera tenido una profesora que la apoyara, habría dejado los estudios. Pero fue la fe de aquella profesora y sus consejos lo que la llevaron a convertirse en maestra.

Miró a Cal.

—Pero te juro que no esperaré mucho a hablar con Betty.

—Bien. Yo hablaré con Katie esta noche. Puede que tenga alguna idea de qué está pasando. Está en el mismo grupo de avanzados, ¿no?

—Sí —confirmó Laura—. Y está trabajando muy bien, por cierto.

Cal vaciló y se quedó pensativo.

—¿Sabes? No dejo de preguntarme si habrá sido una coincidencia extraña que a Katie la hayamos pillado suspendiendo y faltando a clase. En su momento se negó en rotundo a decir por qué estaba actuando así, pero debe de saber si es que alguien ha lanzado alguna especie de reto para ver quién puede saltarse las clases sin que los pillen.

—Recuerdo que me quedé impactada cuando me enteré de lo del comportamiento de Katie, pero no lo había re-

lacionado con lo que le está pasando a Misty —dijo Laura intrigada por la posibilidad de que hubiera una conexión—. ¿Pensáis de verdad que podría ser algún juego que se traen entre ellas aun sabiendo que pueden ser expulsadas?

Cal se encogió de hombros.

—A esa edad los chicos no siempre tienen en cuenta las consecuencias. Dudo que Katie lo hiciera. Recuerdo varias ocasiones a lo largo de los años en las que los alumnos mayores han retado a los más pequeños a hacer algún tipo de locura. Aunque normalmente eso pasa al final de curso, cuando no se es tan estricto con las normas y la graduación está a la vuelta de la esquina. Aun así, no descartaría alguna novatada.

Laura sacudió la cabeza.

—Me esperaría esa clase de comportamiento de los problemáticos habituales, ¿pero de niñas como Katie y Misty? Me impresiona.

—Haré lo que pueda por ayudarte a llegar al fondo de esto —le dijo Cal—. Los chavales suelen ver y oír cosas que a nosotros se nos escapan. Si Katie sabe algo, te lo contaré. En el vestuario los chicos también sueltan cosas de vez en cuando, así que si hay rumores por aquí, acabaré enterándome de la mayoría.

Laura asintió.

—Gracias, Cal. Te lo agradecería.

—Yo también mantendré los ojos y los oídos bien abiertos —prometió Nancy.

—Cualquier idea será muy bien recibida. Sé que no puedo posponer para siempre lo de hablar con Betty, así que creo que voy a dar una vuelta a ver si puedo encontrar a Misty. Ella es la que tiene todas las respuestas. Y si es necesario, la semana que viene la haré salir de una de las clases a las que esté asistiendo.

Esperaba poder resolverlo antes de que una estudiante brillante se viera en un problema que podría terminar dañando su prometedor futuro, del mismo modo que Vicki

Kincaid había evitado que ella cometiera el segundo mayor error de su vida.

Misty Dawson había esperado hasta después de que sonara la campana y había ido a refugiarse en el hueco de la escalera por segunda vez ese día. Llevaba allí apenas unos minutos cuando Katie Townsend abrió la puerta, suspiró al verla y se sentó a su lado, hombro con hombro.

—Te van a echar del instituto si no acabas con esto —le advirtió Katie dándole un empujón cariñoso.

—¿Y tú qué? También estás aquí y ya te han expulsado unos días por saltarte una clase por mi culpa. Seguro que a la próxima te expulsan del todo.

—Sabía que ibas a esconderte otra vez. Ahora tendrías Matemáticas y sé que no has estado yendo. Yo ahora solo tengo hora de estudio y le he dicho a la profe que tenía que ir al baño —dijo sosteniendo en la mano su pase. Miró a Misty preocupada—. No puedes seguir saltándote las clases solo porque Annabelle sea una imbécil y una cretina. ¿No crees que la señorita Reed y el señor Jamison van a darse cuenta?

—El señor Jamison nunca pasa lista —contestó Misty—. Y no creo que pueda ver más allá de sus narices, así que no tiene ni idea de si estoy o no en clase. Con que me digas cuándo son los exámenes y me presente para hacerlos, no se dará ni cuenta.

—Pero no estamos en la misma clase de Matemáticas del grupo de avanzados. Tuvieron que dividirnos en dos grupos, ¿te acuerdas? Un día de estos va a hacer los exámenes en días distintos y ¿entonces qué?

—Si pasa eso, ya veré lo que hago —insistió Misty.

—Bueno, pero la señorita Reed no es ni ciega ni tonta y seguro que se da cuenta. Cuéntale lo que está pasando, Misty. Es guay. Creo que lo entenderá. A lo mejor hasta puede ayudarte.

Misty sacudió la cabeza.

—No puedo arriesgarme, Katie. ¿A saber qué haría? Solo empeoraría las cosas con Annabelle y ya están suficientemente mal.

Miró a Katie con gesto suplicante.

—Sabes que tengo razón y lo mala que puede ser Annabelle. Y encima tiene esa madre tan protectora que cree que su niña los va a lanzar al estrellato uno de estos días. La señora Litchfield le dirá a todo el mundo que es culpa mía, que debo de haber hecho algo horrible para que su preciosa niñita me haya hecho estas cosas horribles.

—Te repito que la señorita Reed te creería. O si no, ¿por qué no se lo cuentas a tus padres y dejas que ellos se ocupen?

Katie hacía que pareciera muy sencillo, como si todo el mundo fuera a estar dispuesto a saltar en su defensa. Pero Misty sabía muy bien que últimamente en su vida nada era sencillo.

—Vamos, Katie. No puedo hacerlo —respondió con gesto hastiado—. Mis padres casi ni se hablan y mi madre está tan enfadada con mi padre que no le preocupa nada más. Solo quiere que mi hermano y yo seamos invisibles. Se cree que si la casa está perfecta y Jake y yo nos portamos como angelitos, mi padre cambiará de opinión y ya no querrá divorciarse.

Katie asintió con gesto de absoluta comprensión.

—Recuerdo lo que es eso. Solo tenía seis años cuando mis padres se divorciaron y no entendía qué estaba pasando, pero discutían tanto que mi madre estaba llorando todo el tiempo. Y aunque odié que mi padre se mudara, al final las cosas fueron mucho mejor después. Y cuando mi madre empezó a salir con el entrenador Maddox y se casaron, todo fue como mil veces mejor en casa.

Misty suspiró.

—Ojalá mi madre encontrara a alguien así y se animara. Pero dudo que eso pueda pasar. Se va a aferrar a mi padre de por vida, aunque su relación haya terminado para los

dos. Yo creo que ni siquiera lo quiere, pero le da miedo separarse de él.

Se quedaron sentadas la una junto a la otra durante varios minutos y entonces Katie la miró.

—¿Y si se lo cuento a mi padrastro? Sé que te ayudaría.

Alarmada, Misty abrió los ojos de par en par.

—¿Al entrenador Maddox? ¡Ni hablar! Déjalo estar, Katie. Es mi problema. Ya veré yo cómo lo soluciono.

—Pues tienes que hacerlo pronto, Misty. Te van a pillar. Mira lo que me pasó a mí. Cal y mamá me echaron una bronca mucho más grande que la de la señorita Donovan. Nunca había visto a mi madre tan cabreada. Hasta me hizo fregar los vestuarios de The Corner Spa y, créeme, fue asqueroso. Las mujeres son súper sucias y desordenadas, incluso en un sitio tan pijo.

—Pues la verdad es que lo de la expulsión no me suena nada mal —admitió Misty, incapaz de borrar de su voz ese tono nostálgico. Casi le costaba recordar cómo era cuando le había encantado ir a clase, aprender, leer y estar con sus amigas. Ahora el único momento en que las veía era si quedaba con ellas en Wharton's después de clase, e incluso entonces estaba en tensión porque Annabelle se presentaba por allí de vez en cuando dispuesta a hacerle la vida imposible.

Katie la miró impactada.

—¡No puedes decirlo en serio! ¡Te encanta el instituto! Estás a punto de que te den una beca, Misty. Si te expulsan, eso aparecerá en tu expediente. Créeme, ya me han contado y explicado cómo eso podría arruinar mi futuro.

—Lo sé. Solo digo que suena mejor que estar aquí escondiéndome en el hueco de la escalera durante la clase de Lengua y la de Matemáticas. Ya ni siquiera puedo ir a la cafetería a almorzar. Eso es lo único bueno de que mi madre esté tan aturdida y atontada últimamente. No se ha dado cuenta de que me llevo el almuerzo de casa en lugar de comprarlo aquí. Ojalá pudiera descubrir por qué Annabelle

me odia tanto. Es guapísima y tiene una voz increíble con la que algún día llegará a *American Idol*, como contó Travis McDonald por la radio el Cuatro de Julio. Y, además, está saliendo con el chico más popular del instituto.

Katie la miró con incredulidad.

—¡Venga! Sé que no puedes ser tan tonta, Misty. Todo esto es porque el súper atleta Greg Bennet, el chico más popular del instituto, está loco por ti. Dejaría a Annabelle al momento si supiera que saldrías con él. Y lo peor de todo es que ella lo sabe.

—Pero no voy a salir con él —dijo Misty con frustración—. Le he rechazado y Annabelle lo sabe también. No es culpa mía si no puede aceptar un «no» por respuesta. Eso debería demostrarle lo cerdo que es por estar con ella y pedirme salir a mí al mismo tiempo.

—¡El chico más popular de clase! —repitió Katie con énfasis—. Annabelle se siente con más derecho que nadie a tener todo lo mejor y, como no puede culparlo sin perderlo, te culpa a ti.

—Supongo —dijo Misty encogiéndose de hombros—, aunque te juro que no lo entiendo. Yo le habría mandado a paseo en cuanto me hubiera enterado de que estaba tirándole los trastos a otra chica.

—Pero eso es porque eres lista y competente —dijo Katie con lealtad.

Misty suspiró.

—Ojalá fuera verdad.

Lo cierto era que cada día se sentía más y más como si su vida estuviera desmoronándose bajo el control de Annabelle Litchfield.

Tras esquivar el último intento de su enfermera de organizarle una cita, el pediatra J.C. Fullerton se encontraba reflexionando sobre la tendencia de los habitantes de Serenity a meterse en las vidas de los demás cuando la puerta de su despacho se abrió con un chirrido.

—¿Puedo entrar? —preguntó vacilante Misty Dawson—. Todo el mundo se ha ido, pero como las luces aún estaban encendidas y la puerta abierta, he pensado que seguiría aquí.

—Claro. Pasa —dijo mirando preocupado a la adolescente. Esas visitas fuera del horario de consulta solían apuntar a algún problema. Y tratándose de una chica de dieciséis años, lo primero que se le vino a la mente fue un embarazo no deseado—. ¿Va todo bien?

Con mucha cautela, Misty se sentó en el borde de la silla frente a él y con los libros sobre su regazo.

—La verdad es que no —respiró hondo y añadió—: ¿Podría escribirme una nota para no ir a clase?

A lo largo de los años, J.C. se había esforzado para no reaccionar visiblemente a nada que sus pacientes le dijeran. Los adolescentes, en especial, tenían unos sentimientos muy frágiles y se los podía asustar fácilmente y hacer que se sumieran en el silencio si su médico les decía las palabras equivocadas. Lo que mejor funcionaba normalmente era escuchar y hacer preguntas con mucho, mucho, cuidado.

Miró detenidamente a Misty. A pesar de parecer nerviosa y estar algo pálida, la veía tan sana como cuando le había realizado el chequeo anual antes de dar comienzo el curso. Su melena rubia y lisa brillaba y sus ojos azules relucían. Sin embargo, las apariencias podían engañar.

—¿Es que no te encuentras bien? —le preguntó con tiento.

—La verdad es que no.

—¿Y cuál crees que es el problema? ¿Va algo mal en el instituto?

—Es que ya no puedo ir más, ¿vale? —dijo ella poniéndose a la defensiva instantáneamente—. Y sé que necesitarán algún tipo de excusa si dejo de ir. Había pensado que podría valer una nota suya. Podría decirles que tengo algo muy, muy, contagioso, ¿no?